

hombros. La tempestad podrá estallar en todos los cielos; el nuestro estará siempre claro. La sangre podrá inundar todo el territorio alemán; aquí habrá una isla, preservada de la inundación. Como dispongo de este cuchillo y de esta copa, dispongo de mis vasallos. En mis dominios, no tengo más predicador de novedades que un músico loco llamado Melchor; ni más general de banda, que un posadero bárbaro llamado Santiaguillo. ¡Buen par de piés para un banco! Ni uno ni otro sirven para maldita de Dios la cosa. Así es, que los he dejado siempre en suelta con la seguridad de que jamás levantarán ellos, no digo un siervo de mi terruño en armas, un gato de mi granero por el rabo. ¡Buenas gentes mis siervos! Fijos en el suelo á guisa de vegetales, me obedecerán, como los seres inanimados obedecen, ¡ah! con pasiva obediencia. Bien podéis vivir sin curaros de lo que pasa fuera, pues aquí no se moverá la hoja de un árbol, ni se levantará un átomo de polvo.

—¡Bah!—exclamó el elector, meneando la cabeza con aire de duda.

—El demonio las carga, —dijo el senescal.

—¡Ca!—replicó el conde.

—Cuando pasa un aire de revolución, lo aterra todo.

—Menos este castillo.

Y apenas acababa el conde feudal de comunicar al aire frase tan pacífica, cuando siniestro clamor que llena los aires como con acentos de tempestades, atruena y aturde á los descordados interlocutores,

—Demonio,—exclama el senescal.

—¿Qué sucede?—pregunto á mi vez ahora.—Dice el elector.

—¿Tiros?—pregunta el conde muy extrañado.

—Señor, señor,—grita un paje penetrando en la estancia todo azorado.

—¿Qué hay?—vuelve á preguntar el conde.

—Una sublevación formidable?

—¿Cómo una sublevación formidable?

—Toma, toma,—exclamó el elector.

—Estamos perdidos,—dijo el senescal.

—¿Estáis locos?—preguntó el conde.

—Como lo oís, señor,—dijo el paje.

—¿Quién te ha dado tal noticia?—volvió á preguntar el conde.

—Pues ¿no oís?—le dijo el paje, llamándole la atención sobre la tumultuada vociferación de fuera.

—Pues ¿cómo no hemos sabido nada?— preguntó al senescal el conde.

—Pues no hemos sabido nada, por una razón muy sencilla.

—¿Por qué razón?

—Porque habéis dado esta mañana orden al regreso, de que nadie pasara por las puertas del castillo, ni para salir ni para entrar.

—Es verdad.

—Estamos lucidos.

—¿Qué hacen?

—Pues aglomeran leña y más leña, ramas secas de árboles, sarmientos, para encerraros, señor, en círculo de fuego.

—Subamos á la cima del palacio,—dijo el conde.

—Subamos,—añadió el elector.

—Iré yo delante,—dijo el senescal.

Y en efecto, salieron.

—¡Qué horror!—gritó el elector.

—¡Cielo!—exclamó el conde.

—¡Oh! estamos perdidos sin remedio,—dijo el senescal.

—Por todas partes, á los cuatro puntos del horizonte, á manera de volcanes en erupción, los grandes anejos de tu castillo ardiendo.

—¡Maldición!—exclamó el conde. Me las pagarán todas juntas.

—No, no, dijo el elector, se las pagaremos nosotros á ellos.

—¡Ah!—exclamó el senescal, llevándose la mano al pecho.

—¿Qué?—dijeron á una el elector y el conde viéndole palidecer y vacilar.

—Que muero,—y cayó de espaldas, herido por un arcabuzazo, desde la plataforma del castillo al suelo, donde se hallaban los rebeldes, quienes, sin piedad ninguna, lo despedazaron, como pudieran despedazarlo una manada de tigres hambrientos.

—Huyamos,—dijo el elector, bajando precipitadamente la escalera.

—¿Qué hacer?—preguntó el conde siguiéndole.

—Morir,—dijo el elector.

—¿Morir?

—Sí, no queda otro remedio.

—¿Será posible?

—Ya véis como las gastan.

Y en esto llegaron al salón, de donde habían salido.

—¡Horror, esposo mío, cien veces horror! exclamó la condesa, lanzándose despavorida en brazos del conde.

—¡Animo!

—¿Qué ánimo cabe, cuando nos cerca por todas partes el incendio y nos amenaza la muerte?

Y efectivamente, una grande humareda casi hacía irrespirable la triste atmósfera de la condal estancia.

—Voy á bajar y abrir las puertas y presentarme ante ellos, seguro de aplacar su cólera.

—No hagas tal,—exclamó horrorizada la condesa.

—Pues ¿no ves adonde llega su ira? ¿No oyes los gritos de muerte que lanzan? ¿No sabes cómo han despedazado al infeliz é inofensivo senescal? ¿No sientes que acribillan á tiros las paredes antes respetadas de tu mansión condal? ¿No ves el humo que penetra por todas partes proveniente del incendio aparejado y prevenido para devorarnos y consumirnos? ¡Ay! No salgas confiado en tu imperio sobre ellos, porque ellos sólo guardan odio, y odio implacable contra tí.

—Envidiemos al senescal,—dijo el elector, que acaba de morir á un sólo golpe, y por consiguiente de pasar sin gran dolor de este mundo al otro, mientras nosotros devoraremos muchas y muy atroces injurias,

y sentiremos muchos y muy horribles dolores.

—Defendámonos,—dijo el conde con arrogancia, defendámonos hasta vender caras nuestras vidas. ¿Cuántos somos? ¡Ah de mis gentes! Que vengan, que vengan todos.

A esta orden imperiosa reuniéronse los huéspedes y comensales del conde, además de todos sus servidores domésticos, en el salón de la mesa. Entre todos había unos sesenta por junto, sin contar las pobres mujeres á servicio de la condesa, las cuales componían dos cabales docenas. Imposible imaginarse una confusión mayor. Temblaba éste dando diente con diente. Aquél aperci-bía sus armas no muy enterado aún del inminente peligro. Tal grupo departía del horrible fin que á todos los amenazaba y arbitraba medios de salvarse y por lo menos de esconderse. Tal otro grupo, maldecía del conde. Las gentes de escalera abajo, pintaban con vivos colores el odio del músico Melchor á la nobleza, y el entusiasmo de Santiaguillo por los combates. Las mujeres gritaban todas en confusa vocinglería, y algunas se desmayaban de terror al considerar los horribles peligros. Y mientras tanto oíanse voces discordes, clarines y trompetas

estridentes, repique de campanas que tocaban á rebato, granizada de mosquetería que se clavaba en las torres feudales, resuellos del incendio vivaz, estampidos del cañoneo continuo, estrépito de muros desplomados, todos los fragores varios de la revolución y de la guerra en trágico infernal conjunto.

—Mi esposo...—exclamaba la condesa. ¿Qué será de mi esposo?—y un grito atornador de «muera el conde,» mezclado al tiroteo contestaba con tal fidelidad á esta pregunta, que volvía loca de terror á la infeliz y fidelísima señora.

—¡Terror!—gritaban todos.

—Dios mío, mi hijo, mi hijo, traedme á mi hijo. Es imposible que lo vean y no respeten á quien le ha dado el sér. No querrán, no, matar á esta mujer que no les ha hecho daño alguno. Si las fieras viesan una madre con su hijo, aunque hambrientas estuviesen, la respetarían. ¡Ah! no; todos son padres, todos hijos. ¡Oh! mi hijo será el escudo de su padre.

—Muera el conde,—gritaba la multitud como para desvanecer estas locas esperanzas del ánimo de la condesa.

—Defendámonos,—dijo el conde á los se-senta que había recogido dentro de su casa.

—¿Cómo nos defendemos?—preguntaron todos.

—¿No hay armas?—dijo el conde.

—Todas se hallan, todas, en poder del enemigo.

—El aire respirable nos falta.—decían otros.

—Las llamas entran por todas partes.

—Dos pajes, que han querido asomarse á las barbacanas, están allí muertos, porque los han atravesado las balas.

—Arden ya las puertas.

—Que levanten los puentes levadizos,—dijo el conde.

—Ya es tarde,—le contestaron.

—Que echen agua hirviendo sobre los que suben,—repitió el conde.

—Es inútil,—le contestaron de nuevo.

—¿No hay quien me defienda?

—No.

En efecto, las puertas del castillo cayeron carbonizadas por el incendio, y los insurrectos entraron como una inundación, rompiendo por todo, en el patio. La fortaleza estaba vencida. Eran de ver los rebeldes en aquella noche terrible, al resplandor del incendio, con sus armas de varios caracteres, dimensiones y procedencias, escupiendo ju-

ramentos de los labios entreabiertos por la cólera, y ennegrecidos por el humo de la pólvora. El conde se hubiera defendido hasta morir, pero los dolores horribles de la condesa su esposa, el terror de las damas que le circuían y que daban espantosos gritos, la cobardía de los reunidos en torno suyo á última hora, la invasión del patio tan pronta é inesperada, hiciéronle descender á la presencia de los sublevados y renunciar á toda defensa.

—Aquí me tenéis,—exclamó el señor feudal presentándose con arrogancia grande á sus rebeldes siervos.

—¡Muera, muera!—gritaron todos á una, lanzándose con tal furia sobre su persona, que lo hubieran acabado, de no haberse interpuesto Santiaguillo.

—Una muerte pronta seria un premio grande. Morirá, pero morirá entre tormentos tan horribles como los que ha hecho pasar al cuerpo de Catalina, y entre dolores tan acerbos como aquellos mismos con que ha desgarrado su alma.

—¡Piedad, piedad!—exclamó la condesa desfavorida.

—¡Piedad! ¿Por ventura la tuvo él de nosotros?—exclamó Santiaguillo. ¿Qué res-

peto el infame guardó á mi honor? Vino como un ladrón, á robarme la esposa que me habían dado Dios y mi corazón. Turbó mi noche de boda, y se interpuso entre nosotros, en el momento mismo de quedarnos solos y entregados á nuestro amor. Se la llevó consigo á la fuerza, dejándome presa de la más horrible angustia y de la más encendida vergüenza. Quiso convertirla en instrumento dócil de sus apetitos groseros, y como se resistiera, la encerró viva en profundo calabozo donde se la comieron las ratas.

—Dios mío,—y la condesa dió un grito de horror, en cuyos acentos se mezclaban con los celos producidos por la historia de escena semejante, ¡ah! el miedo á que provocara una sentencia tremenda en aquel momento en que se veían por todas partes los aparatos del castigo con todos sus horrores.

—¿Qué cuenta—prosiguió Santiaguillo,—tuvo él de mi dolor? ¿Qué cuidado de mi honra? La infeliz Catalina, que hubiera conjurado los odios del infierno mismo, no pudo conjurar la sensualidad grosera de tamaño sátiro. Y murió víctima de la propia pureza de su alma y de la infame barbarie de ese

hombre. Desde la noche funesta en que arrancó á mi mujer de mi lado hasta hoy, he sufrido tal cúmulo de horrores, que parecen una eternidad. Y ya es la hora de mi venganza.

—¡Oh!—y la condesa lloró á gritos comprendiendo que su marido con todas sus bárbaras crueldades había sobre su frente atraído aquella horrorosa tempestad.

—Muerte al conde, muerte,—dijeron los siervos amotinados.

—Morirá, más no aquí,—replicó Santiago.

—¿Cómo que morirá?—exclamó la condesa. No, no puede ser. Dios no puede permitirlo. Santiago, al herirle á él, herís mi corazón inocente; al matarle á él, aniquiláis á esta pobre mujer y á su hijo, que no tienen culpa ninguna de cuanto aquí sucede. Pensad que la víctima no es él, nó; que las víctimas somos nosotros.

—¿Y tú qué hiciste,—preguntó la bruja Thebaida,—cuando ahorcaron á mi padre? Pues me dejaba en mayor desamparo á mi que puedes tú dejar á ese cachorro de una feroz alimaña.

—¿Qué hacías,—añadió Melchor,—cuando nos vomitaba tu marido protervas inju-

rias en la frente y nos azotaba con su látigo á todas horas?

—¿Qué hiciste, cuando llevaron á nuestros padres al rollo y les pusieron una inscripción ignominiosa, por haber cogido algunas fresas salvajes, que pueden coger hasta las aves del aire?—dijo un siervo airado.

Y muchos otros añadieron en seguida, pasando como procesión horrible ante la condesa desesperada y el conde inmóvil.

—¿Qué hiciste, cuando arrancaron á nuestros padres de su terruño y los condujeron á la muerte por vuestros privilegios y por vuestros goces como se lleva para la comida y el sustento de los hombres el rebaño al degüello en la carnicería?

—Nosotros sembramos y tú cosechas.

—Nosotros cosechamos y tú recoges.

—No tenemos seguridad ni de la sangre que guardamos en las venas, porque tú la chupas.

—Te apropias hasta el aire de nuestro pecho.

—Gozas á las doncellas criadas para nuestro hogar.

—Te llevas á tus cuadras en el castillo y á tus correrías en el campo á los hijos, cuando empiezan á crecer y sernos útiles.

—Nos tratas mucho peor que al asno y al mulo de tus cargas.

—Nuestros días se pasan, prestando la corvea, y nuestras noches temiendo que vengas á meterte ¡adúltero! en nuestra cama nupcial.

—Has matado á mi pobre hija por no haber querido prestarse á tus infames goces,—dijo el tío Elías á su vez, con tal acento de justa indignación, que semejaba un magistrado descendido del otro mundo á traer la sentencia divina contra la maldad, y requerir al malvado para el infierno.

—¡Melchor!—dijo el conde con ademán suplicante, dirigiéndose al músico su siervo.

—¿Te atreves á invocar á Melchor?—le preguntó el músico.

—Piedad,—volvió á decir la condesa, cayendo de rodillas á los piés de su antiguo criado.

—¿Te acuerdas, cuando me azotabas, como á Cristo en la columna, por haber tocado el coral de Lutero en mi violín? ¿Te acuerdas, cuando en la jaula de los leones, me metiste atado, como á un racimo de horca? Pues llegaron á cumplirse las promesas del santo libro aquél, cuyas páginas sublimes no dejabas leer á los ojos de tu po-

bre humildísimo criado. Cayeron los muros de tu castillo á las voces de los siervos, como los muros de Jericó á las trompetas de Israel. Tú, ¡oh! tan soberbio, y los tuyos, caisteis anegados en las lágrimas de la triste servidumbre como cayeron los faraones, y los suyos anegados en las aguas del Mar Rojo. Los omnipotentes fueron lanzados de sus tronos, y surgieron los humildes; rebentaron de hambre los hartos, y se satisficieron hasta hartarse los hambrientos. La ira de Dios ha pasado por su pueblo, como los eulebreos del rayo por los aires, y ha consumido, como pobres aristas, á los soberbios. Tu hoguera es un puñado de cenizas frías; y el esqueleto, que pensabas calcinar en ella, un genio de combate y exterminio con larga guadaña en las manos, apercebida para segar como trigos todas tus generaciones.

—¡Muerte al conde!—gritaron todos á una.

—Venid, brujas del aire,—gritó Thebaida con gestos desordenados, y asaeteadlo hasta que se clave una flecha envenenada en cada átomo de su maldito cuerpo. Venid, demonios, y reíos de sus dolores, para que los sienta con mayor intensidad y los reciba con desesperación mayor. Venid, vestiglos y lle-

nad su conciencia de remordimientos inabables é inextinguibles. Venid, diablos del infierno, y lleváoslo pronto, muy pronto, á las eternas llamas, donde habéis de estar por toda una eternidad, dándole vueltas y más vueltas en asador perdurable á llamara-das lentas enrojecido. Furias de la destrucción, hechicerías universales, magia negra y blanca, id condensando un mar de líquido más ardiente que el plomo derretido para bañar allí por toda una eternidad á ese condenado.

—Muerte, muerte al conde,—seguían las muchedumbres gritando á medida que cada uno de sus más encarnizados enemigos le lanzaba con furor al rostro estas injurias.

—Santiago,—dijo el conde volviéndose al posadero.

—¿Qué quieres de mí?—le preguntó el llamado.

—¡Ah!—y el conde hizo un gesto en el cual expresaba cómo le conmovía en aquel momento supremo la irreverencia con que su antiguo siervo llegaba hasta el tuteo.

—Acaba pronto, pues no puedo detener á toda esta gente que desea devorarte.

—Mi feudo entero, todos mis dominios, mi corona condal, por la vida.

—¡Oh!—y Santiago contestó con gesto menospreciativo á tal proposición.

—Muerte, muerte al conde,—gritaban las muchedumbres.

—No debe morir aquí, debe morir en el alto de caza, donde ha inmolado á Catalina,—dijo Santiago.

En efecto, trajeron un burro, fantásticamente aparejado por mano de la Thebaida, y parecido á uno de esos extraños animales, que pintaba en sus cuadros Jerónimo del Bosco, y montaron al conde contra su voluntad en el plebeyo lomo de tan paciente alimaña, para conducirlo al próximo lugar de su horroroso suplicio y correrlo antes de matarlo. El camino desde la residencia condal hasta el alto de caza, fué un verdadero camino de amargura. Las muchedumbres vociferaban á una en torno suyo encrespadísimas, pareciéndose á las tumultuadas olas que juegan bravías con pobre y exánime náufrago. Las selvas, que separaban un sitio de otro, ardían, dando al cielo de aquella noche siniestra con sus rojos matices aspectos sangrientos. La condesa, desceñida, desgñada, con su hijo en brazos, y dando alaridos horribles en compañía de varias damas fieles, tomaba la mano de su marido



y la iba cubriendo con sus besos y regando con sus lágrimas. Sonaban en terrible discordancia, por ende, los sollozos, las aclamaciones, el ruido de los pasos, el vibrar de las armas, el resuello del incendio, los gritos de la bruja Thebaida semejantes á los gritos de las aves nocturnas, el estruendo todo de la guerra. Diríase que había sonado la hora del Juicio final. Pero este horror se aumentó más, cuando llegados todos al sitio, mostraron al conde con ferocidad sus aprehensores el cadáver de Catalina.

—Mira,—le dijo Santiago.

—¡Oh!—y el conde retrocedió espantado.

—Dios mío, Dios mío,—exclamó la condesa, mesándose los cabellos.

—¡Hija mía!—exclamó el tío Elías, de quien nadie se había curado hasta aquel momento, en la natural confusión, y á quien nadie le había impedido el horror de aquel espectáculo, asesino para su corazón paternal.

—Tío Elías, por Dios,—gritó el padre de Santiago á su consuegro, al verlo que palidecía, vacilaba y caía desplomado, como si le hubiera un rayo en aquellos mismos instantes alcanzado y herido.

—Muerto,—gritó Santiago con furia.

—Muerto,—exclamaron todos con furor.

—¡Esto más!—dijo la condesa con verdadera desesperación.

—Muerte, muerte al conde,—gritaron las muchedumbres con furor y estruendo.

—Piedad, piedad de mí, de su hijo,—exclamó la condesa, interponiéndose con su niño en brazos entre los tumultuados y el señor.

—Nada nos detiene,—dijo un lasquetete medio ebrio, lanzando agudo puñal á la condesa, que se clavó en el brazo de su hijo, y le hizo saltar á borbotones la caliente sangre, inundando el rostro demudadísimo de la noble desgraciada madre.

—Acordaos de vuestros hijos,—gritaba la condesa. Perdonad al conde. No volverá, no, á oprimiros. Dejaremos todos esta tierra, sin llevarnos ni el polvo siquiera que puedan recoger nuestras vestiduras. Nos separaremos. Yo entraré en un claustro, y él en otro, que sea como su anticipado sepulcro. Pero dejadle vivo. ¡Ay! os lo pide un corazón tan herido como el vuestro por la presencia de ese mutilado cadáver. Perdón para él, piedad para mí. Si, os prometo estar en oración hasta el fin de mi vida delante de un altar, como estatua de piedra, interce-

diendo por todos vosotros con el cielo, y rogando que os libre de tiranos y que prospere vuestra libertad. Por Dios, dejadle en paz. Este inocente os lo ruega también, este inocente, cuya sangre acaba de correr, quizás para estancar la sangre de aquél, á quien debe la vida el infeliz. Salvadlo, salvadlo. Empezad el reinado de la plebe con acto de misericordia. Os lo pide una esposa ofendida que es madre desgraciada. Piedad, piedad para él.

—Queremos ver sus hígados,—respondió la Thebaida.

—Queremos tocar el corazón que ha guardado tantos crímenes,—añadió Melchor en su loca ira.

—Al suplicio,—dijo Santiago, mandando con imperio á su soberano después de haber contemplado nuevamente con horror el cadáver de Catalina.

—Pues acabadme pronto,—dijo el conde.

—Piedad,—continuó diciendo la condesa.

—En círculo,—gritó Santiago á varios condotieros que llevaban agudas lanzas.

—¿Qué ideáis?—preguntó el conde.

—Que os clavéis vos mismo las lanzas,—dijo Santiago.

—¿Cómo ha de ser?—replicó el conde.

—Y acompañado de los doce que os ayudaron para robarme á Catalina, que aquí están,—y Santiago los sacó uno á uno entre la gente del castillo que llevaba presa y los juntó al conde para que todos se clavaran en las lanzas.

—Compasión, caridad,—gritaba la condesa, revolcándose por el suelo y cogiéndose á los piés de los verdugos de su esposo.

—Un confesor,—gritó el conde.

—No, no,—dijo Melchor.

—No,—dijo también con imperio Santiaguillo.

—Quiere salvarse, cuando nosotros le mandamos al infierno. En tu agonía oírás aquel coral de Lutero que tanto execrabas.

—Piedad para él, gritaba la condesa, pues en guerra nos hallamos y habréis de necesitar muy pronto esa misma piedad para vosotros.

—Que veamos sus hígados,—decía Thebaida.

—Oye, oye el coral de Lutero,—exclamaba Melchor, tocando tal melodía en los oídos del conde.

—Adelante, adelante,—gritó Santiago á los nobles, que arremolinados, no querían de ningún modo andar hacia las lanzas.

—¡Oh! inaudita crueldad!—exclamaba la condesa ya casi exánime.

—Heridles con otras lanzas en los riñones para que se claven esas, que están ahí apercibidas y preparadas en el pecho.

—Heridles,—y una porción de siervos los alancearon por la espalda.

—¡Adiós!—gritó el conde, volviéndose á la condesa.

—¡Ay!—gritó la condesa, y cayó sin sentido, aunque no exánime.

—Vamos á la muerte,—dijo el conde,—y su cuerpo se clavó en las lanzas, cayendo al golpe de innumerables heridas que lo acribillaron desde los piés á la cabeza.

Viéndolo así ya, la maga Thebaida sacó un cuchillo de carnicero que llevaba en el cinto; abrió las entrañas humeantes con la rapidez que las hubieran abierto los dientes de un león ó las garras de un tigre; sacó las mantecas con la mayor indiferencia como si de las mantecas de un cerdo se tratase; y untándose con esas mantecas los zapatos, exclamó.

—Padre mío, estás vengado.

Los labriegos echaron á la condesa desmayada en un carro de basura, y la condujeron en compañía de su hijo al más cerca-

nó monasterio, donde profesó de monja por fin, destinando para fraile franciscano á su heredero, quien tomó á debido tiempo y sazón la cogulla. Santiago, Melchor y Thebaida, murieron con violencia, y poco después de tal escena, en la furia de aquella lucha cruel: que la opresión es tan horrible y desastrosa para los oprimidos como para los opresores, y suelen deshonorarse tanto los que la sufren resignados como los que deben apelar á la revolución y á la guerra para concluirla, pues oscurece con sus horribles manchas la conciencia y la historia.

FIN DE SANTIAGUILLO EL POSADERO.